

LOS SOLES TRUNCOS
(Comedia dramática en dos actos)

(Acto I)

René Marqués

LOS SOLES TRUNCOS

(Comedia trágica en dos actos)

René Marqués

estrenada en el Teatro Municipal Tapia, como culminación del primer Festival de Teatro del Instituto de Cultura Puertorriqueña, el jueves 5 de junio de 1957

REPARTO

(Por orden de intervención)

| | |
|-----------------|---------------------|
| Inés | Gilda Galán |
| Emilia | Madeline Williensen |
| Hortensia | Myrna Casas |

LUGAR DE ACCION: Casa muy antigua en la calle del Cristo

EPOCA: ACTUAL

Acto I -- Primeras horas de una mañana estival
Acto II -- El mismo día; primeras horas de la tarde

(Intermedio: 15 minutos)

| | |
|--|---|
| Dirección ----- | Victoria Espinosa |
| Decorado y luminotecnia ----- | Luis A. Maisonet |
| Realización del Decorado ----- | Miguel Bauzá Casanova |
| Figurines ----- | Carlos Marichal |
| Realización de Figurines ----- | Delia Esther Quiñones Carmen Haddock |
| Ayudante del Director ----- | Jaime Rosado Alberio |
| Efectos Sonoros ----- | Wilfredo García |
| Utilería y Efectos Técnicos Especiales ----- | Luis Calvo |
| Ayudante de Utilería ----- | Benito Palermo García |
| Ayudantes de Escena ----- | Joaquín Rodríguez Luis R. Liciaga |
| Traspuntes ----- | Luis Rafael Sánchez Juan González |
| Cartelón ----- | Myrna Casas |
| Realización de Cartelón ----- | Manuel Hernández |

ACTO I

Sala amplia en antigua casa de la Calle del Cristo; segundo piso. Al fondo, tres puertas persianas que dan al balcón. Las puertas están cerradas. Sobre cada una de las puertas hay un semicírculo de cristales en tres colores alternados; rojo, azul, amarillo. La forma de los cristales recuerda el varillaje de un abanico o los rayos de un sol trunco. En una época estos cristales fueron transparentes. Hoy dan la impresión de ser esmerilados debido, sin duda, al polvo, al salitre, al tiempo. Las persianas están cerradas. La luz exterior sólo entra a la sala a través de los soles truncos.

La casa está casi en ruinas. La sala empapelada de verde y rosa, diseño floreado ya muy desvaído. En algunos lugares se ha roto el empapelado. La pared de la derecha, muestra una enorme mancha de agua cuyo diseño ha tomado la forma de un mapa; desde el techo hasta el piso, dos continentes unidos por un istmo.

A la derecha, en primer término, puerta a habitación, cerrada. En la parte superior de la puerta hay otro sol trunco, pero éste de madera calada. A la derecha, fondo, escalera de cacha que conduce a las habitaciones superiores.

A la izquierda, abarcando centro y primer término, hay un gran medio punto en forma de arco que conduce al vestíbulo, y de éste a distintas dependencias de la casa. El vestíbulo está a un nivel más alto que la sala de modo que para llegar a ésta se desciende un escalón. Parte de esta plataforma del vestíbulo se proyecta en semicírculo hacia la sala. De la mitad del arco del medio punto más inmediata a primer término, pende un cortinón de damasco desastinado recogido al lado por un cordón de seda raída, cuyas puntas terminan en borlas. Una saca del vestíbulo, desclado y en penumbra, puede verse desde la sala.

Ocupan la sala, precariamente, restos heterogéneos de mobiliario de una época que conoció la suntuosidad y el refinamiento. Un piano de palo de rosa, al fondo centro, un poco hacia la derecha, dejando amplio espacio para moverse a su alrededor. Consola de mármol y gran espejo de marco dorado, rococó, adosada al único entrepaño de la izquierda, entre el medio punto y la pared del fondo. En el centro de la escena, una butaca Luis XV y un sillón de Viena. Adosada a la pared de la derecha, entre la escalera y la puerta cerrada de primer término, una silla estilo Imperio. Todo deslustrado, deteriorado. Una araña de cristal de roca, que carece de un brazo y de varias lágrimas, pende del techo; cubierta de polvo, fuera de uso.

Sobre la consola hay un candelabro de tres brazos con una sola bujía. La plata del candelabro está ennegrecida. Sobre la cola del piano cuelga, a modo de tapete, un gran mantón de Manila de grandes rosas pálidas, más empalidecidas aún por el tiempo. La seda del mantón está, a trechos, raída. Sobre el mantón, un quinqué ordinario.

La bujía y el quinqué están encendidos, a pesar de que por los cristales de los soles truncos del fondo trata de colarse la luz alegre del día. La sala vive en este instante las primeras horas de una mañana estival.

Entra Inés por la izquierda, con un cubo de agua y un estropajo. Tiene setenta años; alta, fea, seca, enérgica. Viste traje negro, anticuado. Deja el cubo y el estropajo en primer término izquierda. Se dirige al fondo y abre

una de las persianas. Va a la consola y apaga la bujía, luego va al piano y apaga el quinqué. Se empieza a arrollar las mangas del traje y se dirige al pie de la escalera, derecha.

Inés -- (Mirando hacia lo alto de la escalera) ¡Emilia! ¡Emilia! (Se dirige a la puerta de primer término derecha. Al tocar el picaporte, se arrepiente, mira hacia atrás, va, toma el cubo de agua y el estropajo y lo deja al pie de la escalera) Emilia, aquí tienes el agua. (En voz alta, irritada) ¡Emilia!

Emilia -- (Su voz desde las habitaciones superiores) Espera, Inés. El sol no me deja peinar.

Inés -- El agua está lista.

Emilia -- Es el sol, te digo. Yo no tengo la culpa. Es el sol.

Inés -- (Impaciente) ¡Baja ya!

Emilia -- Voy, voy...

(Inés se dirige a primer término derecha, abre la puerta, sale y cierra tras de sí.)

(Emilia desciende lentamente por la escalera. Tiene sesenta y cinco años; pequeña, frágil, rostro que aún conserva cierta remota belleza espiritual, ademanes y gestos indecisos se le escapan con frecuencia, revelando timidez de niño o de corza asustada. Cojea del pie izquierdo. Viste bata gris de casa, de principios de siglo, harto estropeada, aunque limpia.)

Emilia --... y como el sol entra por esa persiana rota de la ventana y va a dar de lleno en el espejo, es imposible peinarme. Por eso te digo, que si fuera posible arreglarla, sólo ... (Se interrumpe al ver que no hay nadie en la sala. Se apoya en el pasamanos y llama quedamente) Inés. (Mira hacia el vestíbulo y luego hacia la puerta de la derecha. Vuelve a llamar más quedamente aún) Inés. (Al ver que nadie contesta sonríe, se vuelve y sube de prisa, todo lo de prisa que le permite su pie lisiado.)

(Desde la habitación de la derecha se oye la voz dolorida de Inés.)

Inés -- (Su voz en la habitación de la derecha) ¿Podrás perdonarme, Hortensia? ¿Podrás perdonarme?

(Emilia se detiene sobrecsaltada al oír la voz. Se vuelve y en su rostro se refleja ahora un gran temor. Se ha llevado un puño a la boca y, apoyándose en la pared, baja un escalón, con ademán indeciso. Llama en voz baja, temerosa.)

Emilia -- Inés. (Al no recibir contestación, siempre indecisa, baja otro escalón) ¿Duermes, Hortensia? (Pausa. Retrocede, subiendo de espaldas, el escalón que acaba de bajar) ¿Sigues dormida, Hortensia? (Escucha atentamente. Al no percibir sonido alguno, su rostro se tranquiliza, finalmente sonríe y, volviéndose, sube otra vez de prisa, y sale.)

(Desde la calle, al fondo, sube una voz de hombre en musical pregón callejero que pasa y se pierde a lo lejos.)

VOZ DEL PREGONERO -- ¡Malrayo, polvo de amor, besitos de coco, pruêbelos, doña! ¡Malrayoo, polvo de amor, besitos bonitos de cocooo...!

(Al extinguirse el pregón Inés entra por la puerta de la derecha con una palangana de agua y una toalla al brazo. Cierra la puerta tras de sí, cruza diligente hacia la izquierda y sale por el vestíbulo.)

(Emilia vuelve a aparecer en lo alto de la escalera. Oculta algo a sus espaldas. Echa una cuidadosa mirada a la sala y al ver que está desierta, baja. Cuando llega junto al cubo de agua y el estropajo se detiene, hace un gesto de aprensión, saca el pequeño cofre que ocultaba a sus espaldas y lo aprieta contra su pecho como para protegerlo de alguna misteriosa contaminación. Luego con la punta de los dedos --un gesto refinado-- se recoge la falda y da un pequeño rodeo para evitar rozar el cubo. Ya en la sala se da cuenta de que una de las persianas está abierta. Se cubre los ojos con el antebrazo para protegerse de la luz exterior que a ella le parece hiriente y avanza hacia el fondo, como quien se mueve entre llamas. Con los ojos cerrados, cierra la persiana. Se vuelve, abre los ojos aliviada, va al piano, abre la tapa posterior y esconde allí el pequeño cofre. Luego va a la consola y enciende la bujía que Inés apagara momentos antes. Va a volverse, pero descubre su imagen en el espejo y se detiene observándola. Se arregla unas crenchas rebeldes, mientras tararea un vals de Chopin. Va a volverse, pero se detiene de nuevo. Siempre tarareando se arregla el cuello de la bata. Da dos pasos atrás para observarse, luego uno hacia la consola. Satisfecha se vuelve y al fin avanza a primer término, centro. De pronto, se detiene, indecisa, no sabiendo qué hacer. Echa una ojeada alrededor y descubre el cubo de agua. El tarareo empieza a languidecer a medida que se va acercando al cubo. Ya frente a él, se detiene indecisa. Ha dejado de tararear. Al fin se decide: doblándose a medias y con bastantes remilgos introduce el estropajo en el cubo y luego lo pasa ligeramente por el primer escalón. Se yergue, deja caer el estropajo dentro del cubo, alza éste y va al fondo. Allí deja el cubo en el piso y mira indecisa alrededor. Sus ojos se detienen en el piano. Empieza a tararear el vals de Chopin, mientras se acerca al piano. Pasa la mano suavemente por la tapa cerrada del teclado, luego da la vuelta y levanta a medias la tapa de atrás del piano, donde guardara el cofre. De pronto, parece despertar de un sueño, deja caer la tapa y se dirige presurosa al fondo. A medida que se acerca al cubo, languidece el tarareo. Se detiene ante él, saca el estropajo y lo pasa ligeramente por el piso. Se yergue, deja caer el estropajo en el cubo, lo toma y cruza hacia primer término izquierda. Deja el cubo sobre el borde de la plataforma semicircular que da al vestíbulo. Se desespera. Mira aburrída alrededor. Descubre la butaca Luis XV. Asume un aire digno. Se alisa el cabello rápidamente, sonríe y avanza, tratando de disimular su cojera. Hace una impecable reverencia cortesana ante la butaca y se sienta en el sillón de Viena. Se oye lejano el vals de Chopin.)

EMILIA -- Perdone que le haya hecho esperar, caballero. (Se arregla cuidadosamente la falda y empieza a mecerse) Es el sol, ¿sabe usted? Como nos educamos en el colegio de Estrasburgo. No, no, lo del pie fue en nuestra hacienda de Toa Alta. Era yo muy pequeña. Antes del colegio, claro. Hortensia siempre fue la más hermosa. (Ríe) Gracias. Es usted demasiado galante. Pero Hortensia en verdad es la más hermosa. (Deja de mecerse, alarmada) No, por

favor, que no lo oiga Inés. Inés detesta mis versos. Tiene el mismo cabello de mamá Eugenia. Oscuro y espeso como el vino de Méjaga. Así dice papá Burkhart. Pero inútilmente, porque mamá Eugenia trajo de su Andalucía un tipo de belleza que perteneció a los griegos. ¡Claro que la vio usted en la última recepción del Gobernador General! Era ella con su diadema de brillantes y zafiros. (En tono de un lacayo que anuncia) ¡Doña Eugenia Sandoval de Burkhart! Sí, sí, una verdadera reina en palacio. (Suspira y se mece) ¡Qué quiere usted! La habrá vendido Inés. O empeñado que es igual. Y la ajorca de rubíes, y la sortija de brillantes, y la de perlas... Nuestra plata también... (Se interrumpe y deja de mercerse) Que no lo sepa Hortensia, por favor. Ella cree que la hacienda de Tota Alta todavía es nuestra. ¿Le molesta el sol, no es cierto? Remítame que suba las persianas. (Se levanta y va al fondo sin interrumpir su charla) No, no es molestia. Siempre he dicho que el sol destiña las alfombras. (Finge cerrar la persiana que ya había cerrado) Mamá Eugenia lo repite siempre: "Cerrad las persianas, niñas, que el tapizado de los muebles pierda su color". Aunque papá Burkhart se ponga furioso y abra luego los postigos de par en par: "¡Que entre el sol, niñas, que entre el sol!" (Sonríe suavemente y vuelve a sentarse en el sillón) Gracias por decirlo. Pero tiene usted razón. Es una familia encantadora. (Con aire de misterio, dejando de mercerse) La verdad es que las tres puertas sólo se cerraron cuando Hortensia dijo NO a la vida... Aunque de Estrasburgo ya habían llegado los encajes blancos... (Cierra los ojos y se mece) No, no me lo pregunte usted. Sólo sé que dijo NO a la vida...

(Se oye la voz autoritaria de Inés desde la izquierda)

Inés -- ¡Emilia!

Emilia -- (Sobresaltada) ¡Ay, perdón! Creo que me llaman.

Inés -- (Su voz desde la izquierda) ¡Emilia!

Emilia -- Perdón. Perdón. (Levantándose y yendo presurosa hacia la izquierda, en voz muy alta) Estoy... estoy trabajando. (Se detiene, vuelve --siempre cojeando-- sobre sus pasos e inmoviliza el sillón que había quedado saciéndose solo; regresa hacia la izquierda rezongando) Ni conversar se puede en este mundo loco. (Saca el estropajo del cubo y lo pasa ligeramente por el borde de la plataforma semicircular.)

(Entra Inés por la izquierda)

Inés -- No has hecho nada, como siempre.

Emilia -- ¿Nada, Inesita? ¿No ves que estoy terminando? La sala es muy grande. No soy una de esas máquinas que usan ahora. Soy sólo una pobre mujer sin fuerzas. Y mi pie...

Inés --Está bien. Deja el tema del pie.

Emilia --Pero, Inesita, era precisamente sobre el pie que yo le estaba explicando. Y de cómo me caí en la hacienda de Toa Alta. Era muy niña, entonces, como sabes...

Inés -- ¿A quién le estabas explicando?

Emilia --(Cogida en pifia) ¿Yo? ¿Explicando? A nadie, claro. ¿Explicando, dices?

Inés --¿Estás hablando sola otra vez?

Emilia -- (Indignada) ¿Hablando sola? ¿Yo, hablando sola? Pues no. No te admito semejante calumnia. No estaba sola. Estaba hablando con... (Va a señalar hacia la butaca Luis XV, pero casi al instante detiene el gesto, desconcertada, perdida) Con... Yo estaba hablando... (Deja caer el estropajo y se dirige vacilante al fondo. Allí permanece de espaldas. Hay una pausa. Luego su voz suena entrecortada) Siento no poder ayudarte, Inés.

(Inés se deja caer en la butaca)

Inés --No te he pedido ayuda. A nadie le pido ayuda. He pasado una noche de infierno. He cargado agua del aljibe. Voy a salir ahora...

Emilia --(Volviéndose a medias) Me duele que salgas... así.

Inés --(Levantándose) Eso es cuenta mía.

Emilia --Quizás sí yo...

Inés -- Lleva el cubo luego a la cocina. (Se dirige a la escalera, se detiene y se vuelve a medias) Y Emilia, que no se apague el cirio en la habitación de Hortensia.

Emilia --(Yendo hacia la escalera angustiada, con terror casi) ¡No, Inesita, eso no!

(Inés se detiene, se vuelve y mira a Emilia fríamente. Emilia baja la cabeza confusa.)

Emilia --Me da miedo.

Inés -- ¿Miedo?

Emilia -- ¿Dije miedo? No, no entiendes. Dolor. Y un poco de espanto. Pero más dolor. ¡Oh, Dios mío, qué horrible es el tiempo! Tenía el traje de raso azul y acababa de bailar una mazurca con el Gobernador General. ¿Recuerdas? (En grito rebelde) ¡Inés, Inesita! ¿Cómo puedes enfrentarte al tiempo y no morir de horror? (Se empieza a oír una mazurca. La luz de la sala adquiere un tenue tinte purpurino. Emilia habla ahora con naturalidad) Fue entonces que se le acercó el alférez español y le dijo sonriendo: "Es usted la más deslumbrante belleza de esta recepción, señorita Hortensia". (Inés se vuelve con brusquedad y empieza a subir lentamente por la escalera de la derecha) Y bailaron. Una mazurca también. El tiempo no era horrible entonces. El tiempo apenas si transcurría. (Se intensifica la luz purpurina y sube de volumen la música) Era el palacio del Gobernador General. Y Emilia con sus trenzas apretadas --odiosas trenzas-- junto a mamá Eugenia. "Gracias, caballero, Emilia aún es muy niña. No puede bailar. En cambio, mi hija Inés..." Y papá Burkhart, con su sonrisa helada: "¡Estrasburgo jamás será de Francia, Excelencia". Porque el tiempo no hacía daño ni Estrasburgo era de Francia. Y el salón era un ascua de luz y Hortensia reía en sus brazos y giraban juntos, el alférez en uniforme y Hortensia en su traje de raso azul. (Bruscamente, en nuevo grito agudo, rebelde, destruyendo el recuerdo momentáneamente) ¿Cómo puedes, Inés, enfrentarte a la cara horrible del tiempo? (Cesa de golpe la música y la iluminación vuelve a hacerse normal. Inés ha desaparecido en lo alto de la escalera. Emilia, desconcertada, mira en torno suyo. Luego cruza hacia la izquierda, toma el cubo y sale por el vestíbulo.)

(Breve intervalo. En lo alto de la escalera aparece Inés. Se ha puesto un sombrero anticuado y lleva al brazo un bolso de pasamanería negra, terminado en borla. Baja calzándose los guantes. Al llegar a la sala se da cuenta de la persiana cerrada, y la bujía encendida. Va al fondo, abre la persiana. Luego va a la consola y apaga la bujía. Al hacerlo se oye un sonido musical extraño, como la cuerda de un instrumento que se rompe. Simultáneamente languidece la luz mañanera del exterior que se cuele por los soles trunco y la persiana. Hay un breve instante de penumbra intensa y luego empieza a iluminarse la parte derecha de la sala con una luz azul de sueño.)

(Hortensia aparece en lo alto de la escalera. Tiene diecinueve años, espléndido tipo de belleza nórdica, con porte altivo de reina. Viste elaborada bata de casa color de rosa, de las postrimerías del siglo pasado. Está cepillándose su larga cabellera rubia.)

Hortensia --¿Llamabas, Inés?

Inés --(En las sombras de la izquierda, frente al espejo de la consola, sin volverse, de espaldas a Hortensia) Sí, Hortensia.

Hortensia -- ¿Y bien?

Inés -- Llegaron los encajes de Estrasburgo.

Hortensia -- Los he visto. Mamá Eugenia y yo abrimos la caja.

Inés --¿Ye gustan?

Hortensia --No están mal.

Inés --Tú mereces lo mejor.

Hortensia --(Empieza a bajar lentamente, siempre peinándose)
Gracias, Inés. Supongo que fue lo mejor que pudieron conseguir los parientes de papá Burkhart.

Inés -- Mereces también el mejor marido.

Hortensia --(Riendo) Tengo el novio mejor.

Inés --No.

Hortensia --(Se sienta en la silla estilo Imperio y empieza a atarse una cinta a la cabeza. Habla con humor) Vamos, Inesita, nada te parece suficientemente bueno para mí. Pero San Juan no es París, ni Berlín, ni Madrid. Mamá Eugenia está contenta. Y hasta el pobre papá Burkhart...

Inés --¿Por qué dices "el pobre"?

Hortensia --Es un decir. Pero ya sabes, un naturalista alemán metido a hacendado del trópico...

Inés --Con éxito.

Hortensia --¡Si no digo lo contrario!

Inés --Y te adora. Más que a nadie.

Hortensia --porque me parezco a él. Vanidad masculina, niña.

Inés -- Es hermoso como un dios nórdico.

Hortensia (Riendo) Lo cual me convierte a mí en Walkiria. Por lo menos.

Inés -- Nadie puede negar que eres hermosa.

Hortensia --Tú tienes un bonito pelo, Inés. Siempre me ha gustado.

Inés --Yo soy la vergüenza de una familia donde reina la hermosura.

Hortensia --(Como si no la hubiese oído) Tienes el mismo pelo de mamá Eugenia.

Inés --Pero no su cara.

Hortensia --Y el mismo porte de una reina mora.

Inés --No hay sangre mora en nuestras venas.

Hortensia --Es otro decir, criatura. Ya sé que somos celtíberos por la rama de Málaga. Más aún, ahora al yo casarme, tendremos entre nosotros...

Inés --(Bruscamente, golpeando el mármol de la consola) No es digno de ti, Hortensia!

Hortensia --¡Qué tonterías dices! Papá Burkhardt ha estudiado su origen, toda su familia...su sangre es...

Inés --¡No es la sangre del alférez lo que ahora me importa!

Hortensia --(Súbitamente sombría) ¿Por qué siempre le llamas "el alférez"? (Levantándose) ¿Por qué no le mencionas por su nombre?

Inés --(Turbada) No creo que sea necesario.

Hortensia --Necesario quizás no. Pero, ¿no te parece extraño? Después de todo pronto será mi esposo.

Inés --(Ahogando un grito) ¡no! (Pausa)

Hortensia --(Acercándose al piano, habla despacio, deliberadamente, con la mirada fija en la nuca de Inés) ¿O es que te gustaría que no lo fuese?

Inés --(irguiéndose frente al espejo) ¿Qué quieres decir?

Hortensia --No lo sé exactamente. ¿Qué quieres decir tú, Inés?

Inés --¿Yo...? Nada... Sólo quería prevenirte.

Hortensia --¿En su contra?

Inés -- No deseo hablar, Hortensia.

Hortensia --Pero has hablado. Para no desearlo, has hablado demasiado ya. ¿Por qué me llamaste? ¿Qué es lo que desde el principio intentas indicarme?

Inés --¡No quiero, Hortensia! No quiero destruir tu felicidad.
(Pausa)

Hortensia --(Apoyándose en el piano) Entonces es de mi felicidad de lo que se trata. Nada menos que de mi felicidad. ¡Y parece que tienes el poder de destruirla! (Pausa breve) ¿Vas a usar ese poder, Inés?

Inés --(Siempre de espaldas a Hortensia) No... No comprendes. Sólo quería decirte...

Hortensia --¡No lo digas! (Se vuelve y se dirige presurosa a la escalera.)

Inés --Pero acabas de pedirme...

Hortensia --(Se detiene, sin volverse, con voz brusca) ¡No es cierto! No te he pedido que destruyas un sueño. Todo lo contrario, Inés. Te pido que no lo hagas.

Inés --Pero no serás feliz ignorándolo.

Hortensia --(Huyendo hacia la escalera) Prefiero ese riesgo al otro. ¡No quiero saber nada!

Inés --(Acuciante, sin volverse) Es mi deber decirte.

Hortensia --(Empezando a subir) No quiero saber. No quiero saber...

Inés --(En grito en que se mezcla el rencor y el triunfo) ¡Tiene una amante, Hortensia! Y un hijo con esa mujer. (El grito paraliza a Hortensia en la escalera. Pausa tensa.)

Hortensia --(Sin volverse) ¿Qué mujer?

Inés --La yerbatera de la Calle Imperial.

Hortensia --(Volviéndose, con voz terrible) ¡Mientes!

Inés --¡Jamás he mentado! ¡No miento ahora! (Pausa breve) El alférez español podrá jurar que te ama. Pero ello no impide que le haya dado el azul de sus ojos al rapacillo de una yerbatera.

(Hortensia, anonadada, baja y va a dejarse caer en la silla estilo Imperio. Solloza.)

Hortensia --(En voz baja) ¿Es cierto, Inés? (Pausa) ¿Cómo lo supiste?

Inés --Me lo dijo nuestra nana. Ni siquiera a mamá Eugenia se atrevió decirselo. Pero no creas que iba a depender de la palabra de la nana. Yo misma lo verifiqué luego. Fui a la Calle Imperial...

Hortensia --(Irguiendo lentamente la cabeza, sin volverse a Inés) ¿Tuviste el valor?

Inés --(Siempre inmóvil ante el espejo de la consola) Sabes que no hay nada que yo no haga por ti.

Hortensia --(Después de una breve pausa; amarga) Lo sé. (Se levanta y va hacia la escalera. Sube el primer escalón y se detiene, su voz preñada de dolor) Ya cumpliste con tu "deber", Inés; asesinaste una ilusión. No sé cuál será tu castigo. Pero estoy segura de que ha de ser terrible. (Lucha por dominar su emoción) No me casaré, desde luego. (Sube dos escalones más y se detiene) Y es mejor así. Porque jamás compartiría yo el amor de un hombre. Jamás. (Sube otro escalón y se detiene. Apoyándose en el pasamanos e inclinándose hacia la sala; con énfasis, en voz baja) Con nadie.

Inés --(Su voz tiembla) Entonces, ¿sabes que Emilia lo ama? ¿Has leído los versos de Emilia?

Hortensia --(Enfáticamente) No me refiero a Emilia. Nuestra hermana será capaz de amar y de escribir versos. ¡Pero capaz de destruir, no!

Inés --(Turbada) No... no te entiendo, Hortensia.

Hortensia-- Mira bien, Inés, la imagen fea que refleja ese espejo. (Sigue subiendo. Al llegar a lo alto se detiene una vez más y

se vuelve) Inés, ¿lo sabe la gente? Quiero decir, ¿lo de esa... mujer? (Inés no contesta) Está bien. Antes no importaba. Pero ahora, sabiéndolo, no podré tolerar lo que los demás piensen, y digan. (Pausa) ¡No saldré jamás! (Empieza a languidecer la luz azul. Hortensia va a marcharse, pero se vuelve a medias, con dulzura) Inés, te pido que no vuelvas a abrir nunca las puertas del balcón. (La luz azul se ha extinguido. Sigue oyéndose en la oscuridad la voz de Hortensia que se aleja) No debe llegar ya a nosotras el sol puro de la Calle del Cristo.

(En la sala a oscuras se oye la nota musical extraña y un cuerpo que cae. Surgen de súbito las luces mañaneras de la calle que se cuelean por los soles truncos y la persiana abierta. Hortensia ha desaparecido. El cuerpo de Inés yace en el suelo frente a la consola. Entra Emilia por la izquierda. Viene comiéndose un guineo a medio morder. Al bajar de la tarima del vestíbulo a la sala, descubre a Inés. Su primer impulso infantil es esconder el guineo a sus espaldas. Luego, dándose cuenta de que Inés no está en condiciones de reprocharla, mete el guineo en el bolsillo de la bata y se acerca indecisa al cuerpo de su hermana.)

Emilia --Inés. ¡Inesita! ¡Inés! (Se inclina hacia ella y le da unas palmaditas en las sienes y las manos) Dios mío, se ha desmayado otra vez. No habrá comido nada, como de costumbre. Te vas a morir de hambre, Inesita. Y yo, comiéndome la única fruta.. (Saca el guineo del bolsillo) Toma Inesita, toma. No, no, las sales. Ay, Virgen, las sales inglesas. ¿Dónde están las sales? (Se levanta con el guineo en la mano, turbada, indecisa) Las sales. (Se dirige a la puerta de primer término derecha) Las sales inglesas. (En el momento de poner la mano en el picaporte se detiene, mira con aprensión a la puerta, gira sobre sí) No, sólo las sales. (Se dirige a la escalera y sube) Inés empieza a incorporarse) Siempre se desmaya. Te vas a morir de hambre, Inesita. Ay, se lo digo tanto. Un buen caldo de gallina, Un consomé sustancioso. Un pollito frito... ¡Cómo se pierden las aves en la hacienda de Toa Alta!

Inés --(Débilmente) Emilia...

(Emilia se detiene, gira sobre sí y empieza a bajar)

Emilia --(Bajando) Aquí, aquí estoy. Buscando las sales. Siempre ayudan. Aunque insisto en que es hambre, Inés. (Se da cuenta del guineo que tiene en la mano y lo oculta apresuradamente en el bolsillo de la bata) Gracias a Dios que estás bien ya. ¡Las cosas que hace el tiempo! Es horrible el tiempo, horrible.

(Ayuda a Inés a ponerse de pie) Ven, siéntate. (Conduce a Inés al sillón de Viena. Inés se sienta) Iré a hacerte un guarapito de naranjo. (Se dirige a la izquierda, se detiene) ¿Pero hay azúcar?

Inés --Deja. Estoy bien.

Emilia --No creo que haya azúcar. Nunca hay azúcar.

Inés --(Levantándose) Debo irme ya. (Se dirige al espejo y se pone el sombrero.)

Emilia --(En voz baja, después de una breve pausa) ¿Tiene que ser hoy, Inés?

Inés --Sí.

Emilia --¿No podríamos...? ¿No podríamos buscarle sitio aquí, en nuestro patio?

Inés (Irritada) Allá afuera en el mundo hay hombres estúpidos que hacen reglamentos y leyes, Emilia.

Emilia --Pero nosotras no vivimos en el mundo de afuera.

Inés --Es igual.

Emilia --No, no es igual. Está bien que nos cercaran de hambre, y de tiempo. Pero aquí, dentro, nada pueden. Nadie manda sobre nosotras.

Inés --No estés tan segura.

Emilia --Tú lo impedirás. Como siempre. Te fingirás loca, como otras veces. Para echarlos. A los acreedores. Y a los que quieren comprar nuestras ruinas. Y a los turistas. Impidiendo que violen el recinto en su búsqueda bárbara de miseria. Alejando los husmeantes hocicos ajenos de la ruina nuestra, y el dolor.

Inés --¿Y por cuánto tiempo crees que podremos llamar nuestras estas ruinas? Seguirán el camino de la hacienda. Habrá una subasta... Si no es que la ha habido ya. (Irritada) ¿Piensas que puedo estar al tanto de todo? Y entonces...

Emilia --¿Y entonces...?

Inés --Nos echarán, claro.

Emilia --(Aterrada) ¿No, Inés!

Inés-- ¡Qué importa que lo hagan! Ya Hortensia no estará con nosotras. Nos llevarán al asilo...

Emilia --(A gritos) ¡Cállate! ¡Cállate!

Inés --(Suavemente irónica) Nos cuidarán, Emilia.

Emilia --¡No quiero que nadie me cuide! ¡Lo que quiero es morirme si esta casa deja de ser nuestra!

(Pausa. Inés mira a Emilia con curiosidad. Se acerca a ella y pasando una mano por la mejilla pregunta suavemente.)

Inés --¿Lo dices en serio?

Emilia --(Abrazándose a ella) Te juro que sí.

Inés --(Abrazada a Emilia, acariciándola mientras sonríe) No es fácil morir cuando se quiere. (Pausa breve. En voz baja) Aunque quizás sí lo sea. (Reacciona, desprendiéndose a Emilia de sus brazos) Bien. Olvidate de la casa ahora. Todavía es nuestra.

Emilia --Tiene que serlo, siempre. Es la casa que Hortensia amó. Donde destruimos el sueño de Hortensia. Donde por tantos años hemos expiado nuestra culpa. (En voz baja) La casa debe rescatarla de su expiación. Lucharemos por conservarla, ¿no es cierto?

Inés --Sí, mientras podamos...

Emilia --Podremos, Inés. (Recobrando su tono infantil) Mantendremos cerradas las puertas del balcón. ¡Te lo he dicho tanto, Inesita! ¡No abras las persianas! ¡No las abras! Y si Hortensia..

Inés --Debo irme. (Intenta salir presurosa por la izquierda. Emilia la detiene.)

Emilia --No permitas que se lleven a Hortensia. Ya te he dicho que quizás aquí mismo, en nuestro patio... Podemos cavar con nuestras propias manos...

Inés --¡Cállate! (Sale por el vestíbulo)

Emilia --(Yendo presurosa hacia la izquierda) Inés, Inesita.

(Deteniéndose en el medio punto, le habla a Inés, quien aparentemente se ha detenido en el vestíbulo, fuera de escena) ¡Por favor, que sea bonita! No, no digo como la de papá Burkhardt. Pero que no sea fea. Hortensia se merece lo mejor. Te lo ruego. Ya sé que es de Beneficencia Municipal. Pero haz lo posible. Inesita. ¡Que no sea fea! (Se oye en el vestíbulo la puerta que Inés ha cerrado bruscamente al salir.)

(Emilia se vuelve, suspira, luego hace un gesto como para sacudir pensamientos sombríos y se dirige al piano. Se detiene, abre la tapa posterior y saca el pequeño cofre. Lo observa con ternura, lo aprieta rítmicamente mientras tararea el vals de Chopin. Da unos pequeños pasos de baile. Al girar sobre sí se da cuenta de que la persiana está abierta. Se detiene. Se cubre rápidamente los ojos con el antebrazo. Avanza así, a tientas, hacia el fondo, y cierra la persiana. Luego va a la consola, coloca cuidadosamente --con ademán ritual-- el cofre sobre el mármol y, finalmente, enciende la bujía. Al hacerlo se oye el sonido musical extraño de una cuerda que se rompe, languidece la luz exterior, que se cuele por los soles trancos y empieza a iluminarse el vestíbulo con una luz azul de sueño. Un piano lejano inicia el vals de Chopin. Emilia abre el cofre y saca de él un cuaderno de versos. Lo abre y lee con emoción.)

Emilia:

"Soy piedra pequeña entre tus manos de musgo,
Alas de arcángel para tu amor.
Soy Cordero de Pascua para tu espada,
Valle del Eco para tu voz."

(En el medio punto del vestíbulo aparece Hortensia. Tiene treinta años. Viste severo traje de principios de siglo y crespones de luto. Está aún más hermosa que en sus diecinueve años. Pero hay ahora algo frío y lejano en su belleza.)

(Emilia aprieta el cuaderno abierto contra su pecho, cierra los ojos y, alzando la cabeza, repite como en éxtasis.)

Emilia:

"Soy Cordero de Pascua para tu espada,
Valle del Eco para tu voz."

Hortensia -- También tú le amabas, Emilia.

(Emilia da un grito y se dobla sobre la consola como si le

hubiesen apuñalado el vientre.)
(Hortensia empieza a avanzar lentamente hacia la sala, cuya parte izquierda --donde se moverá Hortensia-- adquiere un débil tinte azulado.)

Hortensia --No temas. Conozco tus versos. Tu cuaderno de versos en el cofre de sándalo. (Pausa breve) Siempre escribiste versos, Emilia. Desde que nos enviaron al colegio de Estrasburgo. Pero entonces tus versos eran distintos.

Emilia --(Aún doblada sobre la consola) Hortensia...

Hortensia --No como éstos. Estos los empezaste a escribir después de nuestro regreso a San Juan. Más exactamente, después de la recepción en el palacio del Gobernador...

Emilia --(Siempre en la posición en que quedó después del grito, encogida) Hortensia, estabas tan hermosa con tu traje de raso azul.

Hortensia --"¿Quién es la niña de las trenzas apretadas, señorita Hortensia?" "Es mi hermana Emilia". "¿No baila su hermana?" "No. La pobrecilla tiene un pie lisiado."

Emilia --(Empezando a erguirse) Pero sabías que yo podía bailar, Hortensia. A pesar de mi pie lisiado yo podía bailar.

Hortensia --(Recitando) "Tu pie de fauno sobre una palabra: amor." Otro verso tuyo, Emilia. Y creías que un cofre de sándalo ocultaría tus versos.

Emilia --(Colocando el cuaderno en el cofre) Sólo en un cofre de sándalo puede guardarse el corazón. (Cierra el cofre)

Hortensia --¡Pobre corazón, Emilia!

Emilia --¡No seas cruel, Hortensia! (Se vuelve hacia ella)

Hortensia --(Con dulzura) Perdóname, niña querida. No quise serlo, realmente.

Emilia --(Cambiando de tono al observar a Hortensia por vez primera) Pero... ¡Pero no has venido con tu traje azul. Me hubiera gustado... Ya sabes... El azul de raso...

Hortensia --Tengo luto, Emilia.

Emilia --¿Luto? Pero es muy pronto...Quiero decir, todavía no...

Hortensia -- ~~Mamá~~ Eugenia murió al morir el siglo.

Emilia --Es cierto...

Hortensia --Y la muerte se encariñó con los nuestros. Papá Burkhardt... Y después la nana. Y los tíos de Málaga. Y los parientes de Estrasburgo. Ahora me parece que siempre he tenido luto.

Emilia --Pero fue mamá Eugenia la primera en irse. (Avanza hacia Hortensia y la besa emocionada) ¡Pobrecita! ¡Qué triste debes sentirte! Con lo mucho que nos dolió la muerte. (Maternal) Ven, siéntate. Tienes que estar agotada, criatura. (La ayuda a sentar en la butaca Luis XV. Hortensia, ha ido interpretando lo que sugiere Emilia: dolor, agotamiento) Fue un hermoso funeral, sin embargo. Eso debe consolarnos. ¡Y qué bella estaba mamá Eugenia!

Hortensia --Como siempre, Emilia.

Emilia --Sí, como siempre. (Acaricia la cabeza de Hortensia.)

Hortensia --Aunque más pálida. ¿Te diste cuenta?

Emilia --(Yendo hacia el sillón de Viena donde se sienta) Empezó a sentirse mal desde la invasión.

(Se oyen lejanos toques de clarín guerrero.)

Hortensia --"¡Los bárbaros, niñas, han llegado los bárbaros!"

Emilia --Siempre son bárbaros los que cambian el mundo que más amamos. "Están bombardeando la iglesia de San José, niña Eugenia!" Pero no sólo una iglesia. Bombardearon los cimientos de nuestro mundo. Por eso mamá Eugenia les llamaba "los bárbaros". Poco después se sintió enferma...

Hortensia --Anemia perniciosa fue el diagnóstico.

Emilia --Sólo para que papá Burkhardt rechazara el diagnóstico indignado.

Hortensia --Porque mamá Eugenia se moría de dolor.

Emilia --El dolor de ver flotar una bandera extraña donde siempre flotara su pendón de rojo y gualda. "De eso muere vuestra madre, niñas."

(Cesan los clarines.)

Hortensia --Pero fue un hermoso funeral.

Emilia --Es lo que te digo. Todo San Juan acudió a Catedral.
El Obispo...

Hortensia --¿Fue entonces que empezó a cambiar el mundo?

Emilia --No. El tiempo se desató después.

Hortensia --Entonces, ¿por qué querías verme en mi traje azul?

Emilia --No sé. Es como mejor te he amado. Además, pensé que hoy, precisamente hoy...

Hortensia --(Bruscamente) ¿Dónde está Inés?

Emilia (Turbada) ¿Inés? Ha salido...

Hortensia --Dísc la verdad, ¿Ha ido a empeñar algo? ¿Alguna de nuestras joyas? (En súbito tono de queja infantil, extraño en ella) El año pasado vendió la ajorca de rubíes. Fue una crueldad de Inés. Sabe bien que prefiero morir antes de que las joyas salgan de esta casa. (Suplicante) No lo permitas, Emilia. Las joyas... Son lo único que dan seguridad a mi vida... Hay mucha fealdad...

Emilia --(Precipitadamente) Sí, mucha fealdad en el mundo de afuera.

Hortensia --No, en nosotras mismas, Emilia. Celos, envidia, soberbia, orgullo. Rencor.

Emilia --(Reprochando vivamente) No menciones esas cosas, Hortensia. Cosas así no existen en nuestro mundo.

Hortensia --Suñalo así, si quieres. Yo conozco la fealdad nuestra, por encima de tus sueños.

Emilia --Todo lo feo lo ha traído el tiempo.

Hortensia --Ya no importa. Pero las joyas... Son bellas. Con una belleza que nada puede destruir. Ni siquiera el tiempo. Cuando a escondidas, en mi habitación, coloco en mi frente la diadema de mamá Eugenia, todo lo feo desaparece. Tu frustración, Emilia. La envidia y los celos de Inés. Mi rencor espantoso... Y la miseria.

Emilia --Y el tiempo.

Hortensia --Si, también el tiempo. (Recobrando su tono autoritario) Por eso, Emilia, tienes que decirme la verdad. ¿Ha ido Inés a empeñar algo?

Emilia --(Levantándose nerviosa) No, no lo creo. Ya nada hay que empeñar.

Hortensia --(Levantándose, soberbia) ¿Mendigando, entonces?

Emilia --No... No exactamente. Sólo...

Hortensia --(Despectiva) ¡Diosera!

Emilia --(Casi llorosa) ¡Qué quieres! Si ella no lo hace... Tú con tu orgullo. Y yo, no puedo soportar el sol. Siempre se lo digo: "Cierra las persianas del balcón, Inés". Pero ya la conoces. Tiene una voluntad de hierro. Y luego, desde que perdimos la hacienda de Tor Alta...

Hortensia --¿Qué dices?

Emilia --Ay, Dios mío, es cierto. No debes saberlo. Nunca lo has sabido. Pero es por eso. Por eso es que Inés tiene que hacerlo. La muerte, el tiempo... Aunque hoy no salió a mendigar, te lo aseguro. Hoy no. Y ya no me importa que lo sepas. Lo otro, quiero decir. No puedo tolerar más que la tortures. Ya ves cómo te ha atendido, te ha mimado, sin una queja... Y anoche... Hasta el último instante. Ella lo hizo todo. Y hoy... Yo no hubiese tenido el valor.

Hortensia --¡La hacienda de Tor Alta! Perdida. (Con rencor apasionado) ¡Había vendido nuestras tierras!

Emilia --No por voluntad nuestra, Hortensia. Confiscadas, creo. No entiendo bien. Debíamos años y años de contribuciones. El viejo notario nos lo había advertido: "Las venderán en subasta pública." Había advertido a Inés, quiero decir. Y ya ves, tuvo razón.

Hortensia --¡Miserable traidor!

Emilia --Pero, Hortensia, no hubiéramos podido...

Hortensia --Resistir es la consigna, Emilia. Resistir. A pesar del hambre, y el tiempo, y la miseria. Cuántas veces ha de venir a mí con su voz melosa y su cara de zorra en acecho: "Es preciso vender, señorita Hortensia. Los americanos pagan su buen dinero." ¿Y crees que voy a decirle: "Ande, ande, viejo ladrón, venda, venda, que buen uso se le puede dar al dinero, cuando el hambre acecha." No, Emilia, no. Veinte, cien mil veces le diré lo

mismo: "¡Jamás nuestras tierras serán de los bárbaros!" (Pausa. Emilia solloza) ¿Por qué lloras, niña?

Emilia --No debí decírtelo. Inés me mataría si supiera....

Hortensia --(Maternal, abrazando a Emilia) Vamos, vamos, no llores. Nada le diremos a Inés. Sécate esas lagrimitas. No quiero que ella te vea llorando. Así, a ver si te alegras. ¿Quieres que me ponga el traje azul?

Emilia --(Calmada ya, sonriendo infantilmente) ¿Lo harás? ¿Lo harás por mí?

(Suena en la calle un claxon ensordecedor. Se apagan de súbito todas las luces en escena, incluyendo la bujía de la consola; oscuridad total. Cesa la música del piano. Se ilumina de súbito la escena con la luz normal del interior que da por los soles truncos. Hortensia ha desaparecido. Emilia está sentada en el sillón de Viena. Se mece suavemente, con los ojos cerrados. Vuelve a sonar el claxon. Emilia abre los ojos, deja de moverse y mira hacia el fondo. Hace un gesto de extrañeza. Se levanta y va hacia la consola. Mira la bujía y luego mira hacia la sala, indecisa. Al fin enciende la bujía. Coloca sus manos sobre el cofre, lo contempla y sonríe. Se oye ruido en el vestíbulo.)

Emilia --(Sobresaltada) ¿Eres tú, Inés? (Espera un instante, luego toma el cofre y apresuradamente, va a esconderlo al piano. Se oye de nuevo el ruido en el vestíbulo. Emilia se vuelve) Inésita, ¿eres tú?

Inés --(Desde el vestíbulo, invisible aún) Soy yo, Emilia. (Hablandole a alguien en el vestíbulo) Pueden dejarla aquí. (Se oye el ruido de algo depositado sobre el piso de madera) Muchas gracias. Adiós. Adiós. (Pasos. Puerta del vestíbulo que se cierra. Entra Inés) Ahí está la caja, Emilia. (Cruza hacia el centro, se quita el sombrero, lo tira sobre la butaca y empieza a quitarse los guantes.)

(Emilia mira indecisa hacia la izquierda y luego hacia Inés.)

Emilia --(En voz baja, temblorosa) ¿Es .. bonita, Inés?

(Inés no contesta. De espaldas al vestíbulo continúa quitándose los guantes. Emilia se acerca titubeante al medio punto. Al fin se asoma al vestíbulo. Da un

(II)

grito de espanto, y se agarra al cortinón para ocultar con él la visión que le aterra.)

(Acto II)

Emilia --¡Es horrible! ¡Es horrible!

TELON RAPIDO

ACTO II

La sala igual que en el Acto I. El mismo día. Primeras horas de la tarde. La luz exterior que entra por los cristales del fondo es más intensa a esta hora que en el acto anterior. La escena desierta. Se oye en la calle el pregonero que pasa y se aleja.

Voz del Pregonero --¡Malraayos, polvo de amor, besitos de coco, pruéselos, doña! ¡Malraayos, polvo de amor, besitos de coco para endulzar el alma, cómprelos, doña! ¡Malraayos, polvo de amor y besitos bonitos de cococo...!

(Antes que se extinga por completo el pregón, entra Emilia por la izquierda con un bote de los de leche, lleno de agua, en una mano, y un ramo de trinitaria y corazón de hombre en la otra. Viene remediado en voz baja el pregón que se aleja. Cruza hasta el piano, coloca encima el bote de cristal y empieza a arreglar en él las flores que ha cortado de las enredaderas del patio interior.)

Emilia --(En voz baja) ¡Malrayo, polvo de amor, besitos de coco, pruéselos, doña! ¡Malrayo, polvo de amor, besitos de coco, para endulzarse el alma, cómprelos, doña! ¡Malraaayo, polvo de amor, besitos bonitos de cococo...! (Ajustando en el improvisado florero una rama rebelde, repite enfadada) ...de cococo, de cococo... (Se aleja para observar el efecto. Satisfecha se acerca y reanuda su tarea siempre canturreando en son de pregón) ¡Malrayo! ¡Malrayo de amor y besos de hiel y polvo del tiempo! ¡Malrayo! (Se interrumpe para reír de su propia improvisación. Luego repite) ¡Y besos de hiel, y polvo del tiempo! ¡Malrayo!

Inés --(Desde la habitación de primer término derecha, cuya puerta está cerrada) ¡Emilia! Emilia, ¿qué haces?

Emilia --Arreglo las flores en la sala, Inésita.

Inés --¿No te quedan polvos de arroz?

Emilia --¿Polvos? (Asustada) ¡No, Dios Santo, no!

Inés --Está bien. Olvídalo.

(Emilia se tranquiliza. Da un último toque al improvisado florero. Saca dos cabos de bujía de su bolsillo y va a colocarlos, tarareando ahora el vals de Chopin, en los brazos vacíos del candelabro que está sobre la consola. Los enciende. Se aleja para ver el efecto. Frunce el ceño, toma el quinqué del piano y lo coloca sobre la consola. Lo enciende. Le parece bien. Viene al centro y arregla el sillón, la butaca. Va a la derecha, saca un pañuelo diminuto del pecho y sacude el polvo al espaldar de la silla estilo Imperio. Sacude el pañuelo y vuelve a meterlo en su seno. Regresa al centro y observa el efecto total de su arreglo. Le imprime movimiento al sillón de Viena y va a sentarse en la butaca Luis XV, las manos cruzadas sobre su falda. Observa el sillón que se mece.)

Emilia --Sólo nos falta el chocolate.

Inés --(Desde la habitación de la derecha) ¿Qué dices?

(Emilia se levanta, va cerca de la puerta de la derecha y dice en voz muy baja)

Emilia --Digo, que si tuviéramos chocolate.

Inés --¿Chocolate?

Emilia --(Sin alzar la voz esta vez) Si tuviéramos, digo. (Al no obtener contestación de la habitación se turba, mira confusa en torno suyo. Finalmente empieza a cruzar hacia la izquierda, mientras murmura casi para sí) Haré un teacito de naranjo.

(Al llegar Emilia al medio punto de la izquierda, se abre la puerta de la derecha y aparece Inés. Tiene arrolladas las mangas de su traje negro. Empieza a bajárselas)

Inés --Bien, Ya puedes traer el traje de novia, y los encajes. (Se interrumpe al ver las bujías encendidas) ¡Otra vez, Emilia! (Va al piano y apaga las bujías) Castas las bujías en pleno día. ¿Qué luz tendremos para esta noche? Y el gas... (Va a la consola y apaga el quinqué) ¡Por lo que más quieras, Emilia, por Hortensia te pido que te portes sensatamente hoy! Demasiadas cosas tengo que hacer para estar perdiendo el tiempo con tus niferías.

(Emilia ha bajado la cabeza, como un niño que asimila su lección. Pero dice suavemente)

Emilia --Tú no pierdes el tiempo, Inés. Es el tiempo el que te pierde a ti.

Inés --Bien, Bien. Pero haz lo que te digo.

Emilia --(Cruzando hacia el centro) Sin el tiempo no se hubiese perdido Estrasburgo. No lo creerás, pero fue el tiempo el que perdió a Estrasburgo.

Inés --(Impaciente) Fueron los alemanes los que perdieron a Estrasburgo.

Emilia --Ah, no niña, no, los alemanes no lo perdieron cuando nosotros estuvimos allí. Fue en el próximo siglo. Llevo buena cuenta del tiempo, Inés. Si un siglo se detuviera, los alemanes no podrían perder a Estrasburgo. Pero el tiempo se empeña en pasar por encima de cada siglo. Fue culpa del tiempo....

Inés --(Enérgica) Ya está bien, Emilia.

Emilia --(Yendo hacia la derecha, dulcemente) Inés, no seas dura conmigo hoy. Ya ves, arreglé la sala. Sacudí el polvo de los muebles. (Acaricia el espaldar de la silla estilo Imperio) Estaban en el vestíbulo los muebles estilo Imperio. (Se sienta en la silla) ¿Recuerdas? El sillón de Viena no pertenecía a la sala. "¿Quién ha traído esta mecedora a la sala, nana? "El niño Burkhart, mi niña". "Llévala a la galería". "¡Pero niña Eugenia!" "Aquí sólo quiero mis muebles Luis Quince". Y a la postre el sillón de Viena volvía a la sala. (Ríe suavemente) La nana lo traía a escondidas, antes de que papá Burkhart llegara... ¿Por qué no te sientas, Inés? ¿Por qué no hablamos? Hoy es un buen día para los recuerdos.

Inés --(Irónica) El tiempo todo es para tí un recuerdo.

Emilia --¡Ya ves, tú lo mencionaste!

Inés --Antes había mencionado algo que tú debías hacer, Emilia.

Emilia --(Levantándose) Es cierto. Perdona. (Cruza hacia la izquierda) A veces me olvido. Lo prepararé en seguida.

Inés --¿A dónde vas?

Emilia --(Deteniéndose sorprendida) A preparar el tesecito de naranjo que dijiste.

Inés --El traje de novia, Emilia. Y los encajes.

Emilia --Ah, sí, sí. Ya me lo habías dicho. (Vuelve sobre sus pasos, pero se detiene; tímidamente) Inés, ¿no podría ser el traje azul?

Inés --(Con firmeza) No, Emilia. El traje blanco de novia.

(Emilia va hasta la escalera y sube dos escalones. Se detiene.)

Emilia --(Tímidamente) ¿Sabes? Los encajes se verían bien con el traje azul.

(Inés la mira en silencio. Emilia sube dos escalones más. Se detiene.)

Emilia --Es...Es que no sé dónde está el traje que dices...

Inés --En el arca de mi habitación. Es lo único que contiene el arca. No podrás confundirte.

(Emilia llega a lo alto de la escalera y sale. Inés hace un gesto de supremo cansancio. Se pasa el dorso de la mano por la frente y se deja caer en la butaca. Su voz se oye en un susurro.)

Inés --Ay, Hortensia, Hortensia, qué cansada estoy. (Apoya el codo en el brazo de la butaca y la frente en su mano abierta)

(Breve intervalo. Empiezan a escucharse, muy débilmente, los acordes de la Marcha Nupcial. Sobre las escaleras cae una tenue luz purpurina. En lo alto aparece Emilia llevando en sus brazos el traje de novia, el velo de encajes y la corona de azahares. El vuelo enorme del traje oculta su bata raída, los encajes flotan a su alrededor. La Marcha Nupcial sube de volumen y va en crescendo a medida que Emilia desciende muy lentamente, disimulando en lo posible su cojera, esguída y transfigurada bajo la luz purpurina.)

(Inés va alzando la cabeza a medida que desciende Emilia hasta que logra verla y entonces empieza a levantarse, fascinada, con algo de espanto en sus ojos que no pueden apartarse de la figura pequeña extrañamente envuelta en galas nupciales.)

(Ya en la sala, Emilia se va aproximando a Inés. La luz purpurina en la escalera empieza a extinguirse, pero la Marcha Nupcial sube apoteósica, ensordecedora, a medida que Emilia avanza. Inés, sin darse cuenta, retrocede. Un mueble a sus espaldas la detiene al fin. Emilia extiende los brazos para entregarle las prendas nupciales. Inés, bruscamente, se vuelve de espaldas y oculta el rostro entre las manos.)

Inés --¡No!

(Al grito y gesto de Inés, cesa abruptamente la música. Silencio breve)

Emilia --Aquí está el traje de Hortensia, Inés.

(Inés hace esfuerzos por dominarse. Se yergue. Sin volverse dice)

Inés --Ten la bondad de llevárselo a ...Llévalo a la habitación. Yo iré luego.

(Emilia se vuelve y se dirige a la puerta de la derecha. Al llegar ante ella se detiene, mira la puerta con aprensión, y se vuelve a medias para mirar a Inés.)

Inés --(Sin verla, pero adivinando la vacilación de Emilia, con voz dura) ¡Entra, Emilia!

(Emilia abre la puerta y sale de escena. Inés va lentamente al fondo. Se acerca a una de las puertas cerradas. Apoya la frente sobre la puerta, luego extiende los brazos como si quisiera abrazarse a la puerta, y solloza así, como crucificada sobre las hojas que no han de abrirse jamás.)

(Entra Emilia por la derecha, cerrando la puerta tras de sí. Ve a Inés en el fondo y se desconcierta. Da unos pasos indecisos. Al fin se desliza sigilosamente hasta la escalera. Pero en vez de subir, se queda en el primer escalón. Lentamente se va escurriendo hasta el piso sin dejar de mirar a Inés. Se sienta hecha un ovillo en el escalón y se queda allí quieta, como un niño asustado, mordiéndose una uña, observando a Inés a través de los balaustres de la escalera. Inés se ha ido calmando, se vuelve, se acerca al piano y se apoya en él. Se limpia los ojos con las yemas de los dedos. Se fija en el candelabro. Mira hacia la consola. Toma el candelabro y va a colocarlo en la consola. Emilia hace un infantil gesto de contrariedad. Inés toma el quinqué y viene a dejarlo sobre el piano. Nuevo gesto de contrariedad de Emilia. Inés alisa el mantón de Manila que sirve de tapete al piano. Nota que una de sus puntas está pillada bajo la tapa posterior. Da la vuelta, mueve el bote con las flores, alza la tapa para librar el mantón y descubre el cofre de Emilia. Lo saca. Emilia se pond de pie, sobresaltada. Inés abre el cofre y toma el cuaderno. Avanza con él hasta el primer término. Lo abre.)

Inés --(Leyendo) "Sólo tu mano purificará mi corazón". (Descubre a Emilia que la mira espantada) Tus versos, Emilia. (Emilia se adelanta suplicante.)

Emilia --No me la quites, Inés.

Inés --(Va hacia Emilia lentamente, presentándole el cuaderno abierto)

Nunca te he quitado nada, Emilia. (Deja el cuaderno en manos de Emilia) Nunca tampoco me gustaron tus versos. Nunca. (Emilia aprieta el cuaderno contra su pecho y va hacia el piano) Los recuerdo todos. Hay algo inoportunado en ellos. Algo...indecoroso, Emilia.

Emilia --(Protestando) ¡Son puros mis versos!

Inés --(Después de una breve pausa, como recitando para sí) "Tu pie lisiado sobre una palabra: amor".

Emilia --(Corrigiendo ofendida) "Tu pie de fauno", Inés.

Inés --Sí, a eso me refiero. Si hubieras escrito "tu pie lisiado" sería algo que entendería como tuyo. Pero un "pie de fauno"...Es casi obsceno viniendo de ti.

Emilia --(Guardando el cuaderno en el cofre y luego éste en el piano) Es inútil discutir contigo, Inesita. Nunca entendiste nada de poesía.

Inés --Te quivocas. Entiendo mucho de poesía. Entiendo la poesía de los silencios largos, del hambre y la miseria, y el orgullo. Y las frases pueriles, y las frases que hieren. La poesía de la vejez y la penumbra, del sol despiadado, y la mendicidad encubierta. La poesía del cáncer de Hortensia, y la multiplicación monstruosa de las células en el pecho querido de Hortensia, y el dolor hondo que corrompe sin gritos. La poesía horrible del tiempo también yo la conozco, Emilia. Tuve que conocerlas todas, para que tú conservaras la tuya. Y la suya Hortensia.

Emilia --(Deslumbrada) ¡Inés! Estás hablando...
¡Estás hablando en poesía!

Inés --Pobrecita Emilia, que cree apresar la poesía en sus pobres versos. Y la poesía se le escapa en la vida horrible de cada día nuestro. (Sonriendo) "Sólo tu mano purificará mi corazón". ¿Lo purificó acaso, Emilia?

Emilia --(Confusa) Yo...No...No sé...

Inés --(Apasionada) ¡Purifica el cáncer que corrompe, purifica el fuego que destruye! ¡Purifican los celos y el odio, y el amor de nuevo! Y el infierno. Y quizás la muerte.

Emilia --(Medrosa) No, Inesita, no hables así.

Inés --¿Por qué no, Emilia? Sólo he nombrado a la muerte. Y hemos visto la muerte cara a cara, ¿no es cierto? Mamá Eugenia. Papá Burkhart. La nana negra. Papá Burkhart, ¿recuerdas? (Languidece la luz y empieza a escucharse lejana una marcha fúnebre) Desde que murió mamá Eugenia, abandonó la casa de los soles truncos. Y se

marchó a la hacienda. Desbocaba los caballos por las vegas de caña. Como un loco. Y aquel día... Fue una tarde de octubre. Estábamos tú y yo en la sala. Poco después bajaba de su habitación Hortensia. (Efectivamente, Hortensia, bajo una luz azul de sueño, desciende por la escalera. Tiene veinticinco años. Viste severa bata de color violeta de principios de siglo) De pronto, oímos golpes desesperados en el portalón de ausubo. (En efecto, se oyen golpes en el portalón, abajo, en la calle, hacia la izquierda. Emilia y Hortensia reaccionan al sonido de los golpes. Inés narra de espaldas, inmóvil) Luego, el grito terrible de la nana. (Hortensia, ya en la sala, corre y se abraza a Emilia. Ambas miran con aprensión hacia la izquierda. Se ha extinguido toda luz normal. Sólo un reflejo azulado ilumina la escena. Se oyen pasos subiendo en golpe rítmico de marcha fúnebre por la escalera que conduce del zaguán al vestíbulo. Aumenta el sonido de la marcha) Hay pasos en la escalera. Ya, ya se acercan. Ya están en el vestíbulo. Los cuatro criados negros cargando el cuerpo. Ya avanzan rítmicamente con el cuerpo en andas. Ya entran en la sala. (Hortensia da un grito ahogado.)

Hortensia --¡Papá Burkhart! (A través de las reacciones de Hortensia y Emilia, visualizamos con exactitud lo que Inés narra)

Inés --(Siempre de espaldas, inmóvil). El cuerpo sobre los hombros de cuatro negros fieles. Con su improvisado sudario de polvo y sangre. Ya están en el centro de la sala. Ya bajan las andas. Ya alzan el cuerpo. Y van colocándolo en la mecedora de las viejas veladas. (Hortensia y Emilia se arrojan a los pies del sillón de Viena y se abrazan a él sollozando.)

Hortensia --¡Papá Burkhart!

Inés --Aquí estábamos las tres, llorando. Reunidas como siempre en la gran sala. Las tres puertas de dos hojas cerradas como siempre sobre el balcón. Los tres soles truncos oponiendo al sol sus colores: azul, amarillo, rojo. Y el tiempo entonces se partió en dos: atrás quedóse el mundo de la vida segura. Y el presente tornóse en el comienzo de un futuro preñado de desastres. Como si la muerte esta vez hubiese sido el filo atroz de un cuchillo que cercenara el tiempo, y dejase escapar por su herida un torbellino de cosas jamás soñadas. ¡Y empezó mi calvario! (Se mueve lentamente desde primer término, donde permanecía de espaldas, hasta donde están Emilia y Hortensia) Alimentando tus sueños, Emilia. Alimentando, Hortensia, tu rencor, tu orgullo. (Levanta a Hortensia y la hace, suavemente, apoyar la cabeza en su hombro. Maternal, la va conduciendo hacia la escalera) En el hombro ancho y fuerte de Inés. De Inés, la fea. Sin vender nuestras tierras a los bárbaros. Para que a la postre los bárbaros se quedaran con ellas. (Empieza a subir la escalera, siempre conduciendo a Hortensia. Sigue oyéndose la marcha funeral)

marchó a la hacienda. Desbocaba los caballos por las vegas de caña. Como un loco. Y aquel día... Fue una tarde de octubre. Estábamos tú y yo en la sala. Poco después bajaba de su habitación Hortensia. (Efectivamente, Hortensia, bajo una luz azul de sueño, desciende por la escalera. Tiene veinticinco años. Viste severa bata de color violeta de principios de siglo) De pronto, oímos golpes desesperados en el portalón de ausubo. (En efecto, se oyen golpes en el portalón, abajo, en la calle, hacia la izquierda. Emilia y Hortensia reaccionan al sonido de los golpes. Inés narra de espaldas, inmóvil) Luego, el grito terrible de la nana. (Hortensia, ya en la sala, corre y se abraza a Emilia. Ambas miran con aprensión hacia la izquierda. Se ha extinguido toda luz normal. Sólo un reflejo azulado ilumina la escena. Se oyen pasos subiendo en golpe rítmico de marcha fúnebre por la escalera que conduce del zaguán al vestíbulo. Aumenta el sonido de la marcha) Hay pasos en la escalera. Ya, ya se acercan. Ya están en el vestíbulo. Los cuatro criados negros cargando el cuerpo. Ya avanzan rítmicamente con el cuerpo en andas. Ya entran en la sala. (Hortensia da un grito ahogado.)

Hortensia --¡Papá Burkhart! (A través de las reacciones de Hortensia y Emilia, visualizamos con exactitud lo que Inés narra)

Inés --(Siempre de espaldas, inmóvil). El cuerpo sobre los hombros de cuatro negros fieles. Con su improvisado sudario de polvo y sangre. Ya están en el centro de la sala. Ya bajan las andas. Ya alzan el cuerpo. Y van colocándolo en la mecedora de las viejas veladas. (Hortensia y Emilia se arrojan a los pies del sillón de Viena y se abrazan a él sollozando.)

Hortensia --¡Papá Burkhart!

Inés --Aquí estábamos las tres, llorando. Reunidas como siempre en la gran sala. Las tres puertas de dos hojas cerradas como siempre sobre el balcón. Los tres soles truncos oponiendo al sol sus colores: azul, amarillo, rojo. Y el tiempo entonces se partió en dos: atrás quedóse el mundo de la vida segura. Y el presente tornóse en el comienzo de un futuro preñado de desastres. Como si la muerte esta vez hubiese sido el filo atroz de un cuchillo que cercenara el tiempo, y dejase escapar por su herida un torbellino de cosas jamás soñadas. ¡Y empezó mi calvario! (Se mueve lentamente desde primer término, donde permanecía de espaldas, hasta donde están Emilia y Hortensia) Alimentando tus sueños, Emilia. Alimentando, Hortensia, tu rencor, tu orgullo. (Levanta a Hortensia y la hace, suavemente, apoyar la cabeza en su hombro. Maternal, la va conduciendo hacia la escalera) En el hombro ancho y fuerte de Inés. De Inés, la fea. Sin vender nuestras tierras a los bárbaros. Para que a la postre los bárbaros se quedaran con ellas. (Empieza a subir la escalera, siempre conduciendo a Hortensia. Sigue oyéndose la marcha funeral)

"Jamás vendáis vuestras tierras, niñas". La consigna de papá Burkhart, ¡qué mal la interpretaste, Hortensia! Tierras que no se trabajan, siempre serán de los bárbaros. (Pausa y transición) Y sin proporcionarme nunca la palabra que hubiese dado sosiego a la horrible incertidumbre. Compartiendo sólo a medias el secreto nuestro. Porque compartirlo todo hubiese herido tu orgullo, demasiado. Sí, tú lo sabías. Yo también amé a tu alférez. Lo adivinaste cuando te revelé su traición. ¡Cómo te gozaste en hacerme expiar mi culpa! ¡La culpa de haber destruido, adrede, tu felicidad! ¡Cuánto nos odiamos, amándonos! ¡Cuántos años de expiación para Inés, la fea! Día a día, ascendiendo mi calvario. (Han llegado a lo alto de la escalera. Ambas desaparecen. Sigue oyéndose la voz de Inés) Con los sueños de Emilia. Con el peso de tu orgullo.

(Al extinguirse la voz, se oye un golpetear estruendoso sobre el portalón de ausubo, en el zaguán. Cesa simultáneamente la marcha fúnebre, se apaga la luz y surge, de súbito, la iluminación normal que viene del exterior, fondo. Emilia permanece en el piso, casi de bruces, el rostro hundido en el asiento del sillón de Viena. Sigue oyéndose el golpear con puños y palmas en el portalón de ausubo. Emilia alza la cabeza asustada. Se incorpora a medias. Mira con espanto hacia la izquierda. Se levanta.)

Emilia --Inés, Inesita. (Da una vuelta, indecisa, perdida) Inés, Inesita. ¿Oyes? Lllaman abajo. (Llamando) Inés. Inesita. (Vuelven a oírse los golpes sobre el portalón. Emilia vacila una vez más) Vooy. (Al fin se decide. Se dirige a la izquierda. Se detiene en el medio punto. Se vuelve a medias) ¿Inés? ¡Dios mío! (Vuelven a oírse los golpes) Vooy. (Sale izquierda)

(Breve intervalo, durante el cual se oyen los pasos de Emilia bajando por la escalera. En lo alto de la escalera que conduce a las habitaciones superiores, aparece Inés. Trae en sus manos una polvera grande de porcelana. Baja lentamente. Llega a la sala y se dirige a la puerta de la derecha. La abre y sale de escena cerrando la puerta tras de sí. Se oye la voz de Emilia, abajo, en el zaguán)

Emilia --¡No, no! No pueden entrar. Esta casa es nuestra. ¡No! Están equivocados. Esperen aquí. Lllamaré a Inés. (Llamando) Inés! No contesta. Iré a buscarla. No, no pueden subir. Por favor, caballeros, me molesta el sol. No estoy acostumbrada. ¡Inés! Esperen. Iré a buscarla. ¡Dios mío, esperen aquí! (Se oyen los pasos de Emilia en la escalera de entrada; el golpe recio de su pie lisiado sobre la madera de los escalones. Su voz jadeante, angustiada) ¡Inés! Inesita... (Los pasos en la escalera, luego la puerta del vestíbulo que se cierra. La voz de Emilia se oye ahora en el vestíbulo) Ay, Inesita, corre, ven. ¡Inés! (Entra a la sala

jadeante) ¡Inés! (Al ver que no hay nadie, grita, llorosa) ¡Por amor de Dios, Inés, dónde estás!

Inés --(Desde la habitación de la derecha) Emilia.

Emilia --(Corriendo penosamente hacia la puerta de la derecha, con voz desgarrada) ¡Inés!

(Entra Inés por la derecha)

Inés --Emilia, ¿qué ocurre? ¿Por qué gritas?

Emilia --¡Estás aquí, Inés! ¡Ay, qué bueno que estás aquí, Inesita!

Inés --Cálmate, criatura. ¿Por qué lloras?

Emilia --Esos hombres ...

Inés --¿Quiénes? ¿Qué hombres?

Emilia --(Dominándose, logra hablar con voz entrecortada) Los que están abajo...Fui a abrir.... Como tú no estabas... Y el sol me dio en la cara...Y hablaron de la casa...Les dije que estaban equivocados...Pero no tuvieron consideración... El sol, así, de frente...

Inés --¿De qué casa hablaron?

Emilia --La de la Calle del Cristo, la de los soles truncos...

Inés --¿Qué dijeron de la casa?

Emilia --(En voz baja, como en secreto) ¡Ya no es nuestra!

Inés --¿Qué estás diciendo?

Emilia --(Alejándose de Inés, señalando a los soles de las tres puertas del fondo) La de los soles truncos.. Ya no es nuestra... otra subasta, ¿sabes? Debíamos tantos, tantos años. ¡Otra vez el tiempo jugando suciamente! ¡Igual que la hacienda de Toa Alta! ¡Igual que Estrasburgo, que se la dio a Francia! Otra jugada sucia del tiempo. ¡Ya no es nuestra! Lo dijeron ellos, los emisarios del tiempo. Y será hostería de lujo, para los turistas, y los banqueros, y los oficiales de la armada aquella que bombardeó a San Juan. Ya no es nuestra casa. Ya no podremos combatir al tiempo, Inés. ¡Ya no tenemos casa!

Inés --¿Están abajo esos hombres?

Emilia --Sí. No los dejé subir. (Animándose) Esperan por ti, Inés.

Y tú sabras lo que deba hacerse, como siempre. No está perdida nuestra casa, ¿verdad? (Sacudiéndola por los hombros) Tú sabrás luchar. Te fingirás loca, como otras veces...

Inés --(Desprendiéndose de Emilia) No será necesario esta vez, Emilia. (Cruza decidida hacia la izquierda) ¡Te lo juro! No será necesario. (Sale izquierda)

Emilia --(Yendo hacia la izquierda) Eso es, Inés. Defiende tu casa. La casa de mamá Eugenia. De papá Burkhart. La de la nana negra que nos lloraba, y nos cantaba, y nos mecía, sin oponerse al tiempo. La de Hortensia y Emilia. La casa nuestra.

(Se oye la voz de Inés, abajo, hacia la izquierda, en el zaguán.)

Inés --¡Fuera de esta casa! ¡Fuera de aquí!

Emilia --(Agarrándose al cortinón del medio punto) ¡Dios te bendiga, Inés! ¡Dios te bendiga!

Inés --(Su voz en el zaguán) Nadie tiene derecho a violar este recinto. (Gritando furiosa) ¡No importa que los tiempos cambien! ¡El tiempo de esta casa no es vuestro tiempo! Quemad esos papeles. ¡Cuidado! ¡No me toquéis!

Emilia --(Alarmada, va hacia el piano) ¡No lo permitas, Inés! Tus uñas, recuerda tus uñas. Tus uñas largas con olor a tiempo. (Como si estuviera viendo a Inés luchar) Clávalas hondo. ¡Así! (Clava las uñas en el mantón de Manila que sirve de tapete al piano) Hasta que brote la sangre. Y desaparezcan las sonrisas.

Inés --(Su voz fuera en el zaguán) ¡Fuera! (Ahogada por la lucha) Fuera de esta casa, he dicho. No hay ley que obligue a entregar la vida. ¡A nadie quiero aquí! ¡A nadie! ¡Fuera de mi casa! ¡Atrás! ¡Atrás!

Emilia --(Se mueve hacia una de las puertas del fondo. Al Inés decir: "A nadie quiero aquí", empieza a hablar por encima de la voz de Inés, pero sin ahogarla. Luego, cuando ya Inés ha concluido su último "¡Atrás!", la voz de Emilia sube como si fuese continuación de la de Inés) Golpea sin piedad, Inés. ¡Así! Con la misma furia con que golpeas la vida. ¡Así! Con la miseria, y los hombres, y el mundo. ¡Atrás! ¡Atrás! (Golpeando la puerta del fondo) Contra la vida y el tiempo, y la muerte....

(La casa se estremece toda con el golpe del portalón que Inés ha logrado cerrar en el zaguán. Emilia se queda inmóvil, con los puños pegados a la puerta. Corto intervalo. Entra Inés por la izquierda, jadeante, dando muestras de la escena salvaje que ella misma ha provocado. Emilia se vuelve lentamente.)

Emilia --Inés. ¡Has triunfado!

Inés --No, El triunfo es de ellos.

Emilia --(Con voz ahogada) ¡Entonces, Dios mío, destruirán la casa!

Inés --Peor, Emilia. Conservarán la casa, profanándola. Ya no será instrumento purificador de la culpa nuestra. Reconstruir, dicen ellos. Como si tuvieran el poder del tiempo. Jugarán al pasado disfrazando de vez nueva la casa en ruinas de los soles truncos. (Cruzando hacia la derecha, sus ojos empiezan a fijarse en la gran mancha de agua que hay sobre el empapelado de la pared, junto a la escalera) Y el tiempo de ellos entrará en la casa, y la casa se llenará de voces extrañas que ahogarán las palabras nuestras, todas las palabras de nuestras vidas. Y sobre el dolor de Hortensia, y el tuyo, Emilia, y el mío, se elevará la risa de los turistas, la digestión ruidosa de los banqueros, la borrachera sucia de los que gritan...

Emilia --¡No, Inés, no!

Inés --En la hostería de lujo de la Calle Cristo.

Emilia --Entonces, ¿todo está perdido? ¿No hay nada que hacer?
(Pausa)

Inés --(Señalando a la gran mancha en el empapelado de la derecha) ¿Ves esa mancha, Emilia? ¿Sabes lo que es?

Emilia --(Acercándose a Inés) Es la mancha que dejó el temporal de San Felipe. ¿Recuerdas? El viento destechó la sala...

Inés --Es un mapa, Emilia. Un mapa dibujado por el tiempo.

Emilia --Es cierto, Inés. Nunca pensé en eso. Es un mapa.

Inés--(Señalando) ¿Ves? Un mundo arriba: el nuestro. Otro mundo abajo: el de ellos. Y un istmo uniendo los dos mundos. (Iluminada) ¡Es preciso destruir el istmo!

Emilia --Eso es, Inés. Destruir el istmo. Pero yo...yo no sabría hacerlo.

Inés --Lo haremos. ¿Tendrás valor?

Emilia --Para hacer lo que digas, ¡todo el valor del mundo!

Inés --Ven, has de jurármelo ante Hortensia. (La lleva hacia la puerta de la derecha).

Emilia --Lo juraré, Inés. También Hortensia tendría el valor. Estoy segura. (Inés abre la puerta de la derecha) ¡Inés, qué hermosa la has puesto! (Ambas salen de escena cerrando la puerta)

(Corto intervalo. Empieza a oírse lejana la música de la Canción de las Walkirias, de Wagner. Emilia entra por la derecha. Esta vez deja la puerta abierta, se vuelve para mirar al interior. Sonríe. Su rostro revela paz y alegría)

Emilia --Sí, Inés, tienes razón. Las tres debemos reunirnos aquí, en la sala, como siempre. (Va al piano y enciende el quinqué, luego va a la consola y enciende las tres bujías del candelabro. Vuelve al piano y le da un toque a las flores. Abre la tapa posterior del piano, saca el cofre y lo coloca junto al florero. Viene al centro y mueve el sillón de Viena para dejar un espacio libre casi en el centro de la sala. Se aleja un poco hacia la izquierda para juzgar el efecto. Sonríe. Desde allí se vuelve hacia la puerta de la derecha y grita) ¡Ya, Inés! ¡Ya!

(Empieza a languidecer las luces del exterior y de la sala. Sube dramáticamente la música de las Walkirias)

(Por la puerta de la derecha aparece Hortensia. Viene tendida sobre un burdo ataúd de Beneficencia Municipal. El ataúd, sin tapa, está colocado sobre una camilla con ruedas. Hortensia luce galas nupciales. La cabeza, coronada de encajes y azahares, descansa sobre un gran cojín con funda elaboradamente bordada y calada. El vuelo del traje y el velo de encajes caen flotantes alrededor del ataúd casi ocultándolo. Inés se ha esmerado en el arreglo estético de todos los detalles, como si no hubiese pensado en que la tapa habría de cubrir más tarde la caja burda. La muerte aquí se muestra como un sueño poético, no como una visión macabra).

(Hortensia, muerta, tiene sesenta y ocho años. Las huellas del tiempo y el cáncer no han podido borrar del todo la pasada belleza de la más hermosa de las hermanas Burkhart.)

(Entra Inés. Viene empujando la camilla por la cabecera y va a colocarla cuidadosamente en el lugar que ha despejado Emilia. Un rayo de luz azul surge ahora sobre el féretro, ya inmóvil. Emilia se acerca a Hortensia. Baja la música de fondo.)

Emilia --Qué hermosa está, ¿verdad?

Inés --(Sonriendo con dulzura) Como siempre.

(Emilia toma del piano el cofre que contiene su cuaderno de versos y va a depositarlo a los pies de Hortensia)

Emilia --(Con tierna emoción) Mi corazón a tus pies, Hortensia.

(Una tenue luz purpurina empieza a iluminar la escena, por encima del rayo azul y la del quinqué y las bujías. Esta iluminación ideal no deberá nunca adquirir la intensidad que antes tuviera la luz natural en escena, la cual, junto a la luz exterior del fondo, ya se ha extinguido.)

(Emilia e Inés sonríen contemplando con ternura infinita el rostro de Hortensia. Emilia alza la vista hacia Inés.)

Emilia --¿Ya, Inés?

Inés --(Sonriendo) No hay prisa, Emilia. Por esta vez el tiempo nos pertenece. (Se dirige a la puerta y sale.)

(Emilia se sienta en la butaca. Entra Inés con un joyero en las manos. Se dirige al féretro, rodeándolo para quedar al fondo del mismo. Coloca el joyero sobre el pecho de Hortensia. Lo abre.)

Inés-- Tu orgullo, Hortensia.

(Emilia se levanta deslumbrada)

Emilia --¡Inés, has conservado las joyas!

Inés --Sólo las más queridas de Hortensia. Las conservé siempre. A pesar de la miseria y el hambre. Un último sueño para su orgullo. Lo único bello que no destruyó el cáncer. Antes de morir sonrió al mirarlas. (Cambiando de tono) Y el abanico de mamá Eugenia, ¿recuerdas? (Saca un diminuto abanico de nácar y encaje, del cual pende una larga y gruesa cadena de oro) Es tuyo, Emilia. (Le coloca la cadena al cuello de Emilia).

Emilia --(Acariciando con ternura el abanico abierto) Eugenia Sandoval de Burkhart.

Inés --La sortija de perlas. (Hace ademán de colocarla en un dedo de Emilia, pero ésta, prontamente, retira la mano)

Emilia --¡No, las perlas no, que traen desgracia!

Inés --(Colocando la sortija en un dedo de Hortensia) Hortensia nunca le temía a las perlas. (Saca una diadema de brillantes y zafiros) Ni a los brillantes.

Emilia --¡La diadema de mamá Eugenia!

Inés --La más hermosa de nuestras joyas. (Coloca la diadema en la cabeza de Emilia.

Emilia --(Abrumada) Pero Inés...

Inés --Hoy te pertenece, Emilia. (Emilia se deja caer en la butaca. Bajo las luces tenues las joyas tienen fulgores fantásticos.)

Inés --(Sacando la última joya del cofre: un anillo con un gran brillante) Y el anillo de papá Burkhart. De todas las joyas, la única que hoy para mí quiero. (Se ciñe el anillo, cierra el joyero y va a colocarlo sobre el piano) Es hora ya, Emilia. (La luz purpurina empieza a languidecer) Hora de que se consuma lo feo y horrible que una vez fuera hermoso y lo que siempre fuera horrible y feo, por igual.

Emilia --(Dándose aire suavemente con el abanico, digna y seria) Sí, Inés. Es hora.

(Inés toma el quinqué, se dirige a la escalera y sube. La música aumenta su volumen. Emilia sigue con la vista a Inés hasta que ésta desaparece. Entonces se levanta, va a la consola toma el candelabro con las bujías encendidas y sale por la izquierda. Breve intervalo. Inés aparece en lo alto de la escalera con el quinqué. Baja, La luz purpurina ya se ha extinguido por completo. Cuando Inés va por la mitad de la escalera, se puede observar que, a sus espaldas, proviniendo de las habitaciones superiores, surgen reflejos rojizos. Al llegar Inés a la sala, entra Emilia por la izquierda. Se miran. Sonríen. Inés se dirige a la puerta de la derecha, que permanece abierta, y sale. Emilia se dirige a la consola y coloca allí el candelabro. Del vestíbulo empiezan a surgir reflejos rojizos. Emilia viene al centro, mira a Hortensia, sonríe y va a sentarse en la butaca Luis XV. Suavemente se da aire con el abanico. Los reflejos rojizos de la escalera se avivan y empieza a surgir humo de las habitaciones superiores. Entra Inés por la derecha. Viene sin el quinqué. Se dirige al féretro. De la habitación de la derecha que acaba de abandonar Inés empiezan a surgir reflejos rojizos. Se avivan los reflejos de la derecha y empieza a surgir humo del vestíbulo. Inés mira a Hortensia y sonríe).

Inés -- ¡Purificación, Hortensia, purificación!

(Se avivan los reflejos de primer término derecha, y de la habitación empieza a salir humo. Al fondo, en el exterior de la casa empiezan a surgir reflejos anaranjados, cuya intensidad aumenta con rapidez hasta iluminar fantásticamente los soles trancos de las tres puertas cerradas. Emilia se pone de pie exaltada por la expresión de Inés)

Emilia -- (En grito alegre) ¡Inesita, el fuego te ha hecho hermosa! (Se quita en gesto espontáneo la diadema y ciñe con ella la frente de Inés. La conduce a la butaca Luis XV, la hace sentar en ella y se arrodilla a sus pies) ¡Hemos vencido el tiempo, Inés! Lo hemos vencido. (Besa con ternura la mano de Inés en la cual refulge extrañamente el brillante de papá Burkhart. Inés sonríe.)

(La música de Wagner sube apoteótica. La sala toda es un infierno purificador.)

TELON LENTO

12 de febrero de 1958.

* Para uso exclusivo de los estudiantes de los cursos Español 101, Sec. 8 y Español 283, Sec. 1 de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Cortesía del autor. Verano 1970.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PP

1306339